

LA SAGA DE BILLY THE KID

WALTER NOBLE BURNS

Traducción de Alejandra Freund

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Saga of Billy the Kid*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Alejandra Freund, 2024
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-709-2
Depósito legal: M. 8.287-2024
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

A mi esposa

CAPÍTULO 1

El rey del valle

John Chisum sabía de vacas. Lo cual constituía más o menos la suma total de sus conocimientos. Y así, en la madurez, se convirtió en un rey del ganado. No en el insignificante amo de unos pocos corrales dispersos, sino en un monarca incuestionable que regía sobre enormes rebaños e ilimitadas extensiones de tierras gracias al derecho divino de su inteligencia, visión y sentido para el ganado. En el apogeo de su carrera fue dueño de más ganado que ningún otro hombre en los Estados Unidos, incluso del mundo entero, y cien mil vacas con su famosa marca del *long rail* y *jingle-bob* pastaban por casi medio estado de Nuevo México, desde los escarpes del llano Estacado en dirección oeste hasta el río Grande, y desde el pueblo de Seven Rivers y la Jornada del Muerto hacia el norte, hasta el río Canadiano.

Chisum llegó a Nuevo México en 1867 como colono, pero colono a gran escala. No era una simple carreta cubierta con una lona blanca con aros, llena de enseres y sábanas apiladas, con cacerolas y sartenes que tintineaban a cada sacudida, lo que transportaba a Chisum y su fortuna. Llegó con diez mil reses y un séquito de curtidos vaqueros provenientes de las llanuras texanas, una caravana de carros, una remuda de ágiles caballos para trabajar con ganado, y todo el polvo, retumbo, pompa y despliegue típico de una marcha real hacia la frontera. No solicitó al gobierno una parcela de tierra en la que construir una cabaña y arar y laborar para sobrevivir, sino que

se hacendó en un reino que se extendía más allá de los cuatro horizontes en un nuevo mundo de pastos.

Desde el condado de Concho, en Texas, inició su hégira rumbo al Lejano Oeste. Su camino le llevó por las tierras de mezquites y perales al sur del llano Estacado hasta Horsehead Crossing en el río Pecos. Después, su gran manada se dirigió al norte por el valle del Pecos: una interminable columna de vacas, cuya cabeza se sumergía en un lado del horizonte, la cola en el opuesto, que avanzaba lenta y sinuosamente, como un río viviente, más de quince kilómetros cada día por las ondulaciones de hierba de una selva sin árboles.

El rebaño de Chisum estaba compuesto por la antigua raza longhorn; la única conocida en el suroeste en aquellos tiempos; descendiente de las vacas transportadas de Andalucía a México en los años de la conquista española; esbelta, ágil, tan alerta y veloz como un ciervo, semisalvaje, capaz de subsistir por sí misma en los llanos en invierno y verano; con largos cuernos, blancos, azules, pulidos y resplandecientes, curvos como cimitarras, tan afilados como bayonetas, que muchas veces alcanzaban casi dos metros de punta a punta. Ya no se ve ganado así en ninguna parte entre el río Grande y la frontera canadiense. Ha desaparecido igual que los búfalos, cruzada con otras razas hasta la extinción, y solo queda una gota de su inquieta sangre en la robusta y estilizada raza shorthorn, en las angus negras y en las variedades de hereford con cara blanca que ahora ramonean por sus antiguos dominios.

Durante los largos días de marcha, los vaqueros se situaban a la cabeza, a los costados y en la retaguardia para dirigir el ganado, protegiendo la manada de estampidas o asaltos indios, y le canturreaban sus nanas en las vigilias nocturnas bajo las estrellas. Llevaban el six-shooter en el cinturón y un rifle enganchado al pomo de la silla. Ellos también eran una raza semisalvaje, nacida en las montañas de los llanos de Texas, los jinetes más diestros que ha conocido el mundo, tanto con las armas como con los caballos, tipos duros hasta el último de ellos; el coraje y la lealtad formaban parte de su cultura igual que la adversidad y el peligro.

El largo viaje concluyó en un lugar cincuenta y cinco kilómetros al norte de lo que hoy es la pequeña ciudad de Roswell. Ahí

donde el Pecos forma un pronunciado meandro y el valle se abre en llanas praderas flanqueadas por mesetas fue donde Chisum estableció su rancho, en una alameda a la orilla del río, que más tarde sería famoso por todo el suroeste como el Bosque Grande, y se asentó para abrirse camino hacia la prosperidad y la realeza.

Chisum nació en Tennessee en 1824. Su familia había estado vinculada al sur desde que su primer ancestro inglés pisara la tierra de Virginia en los primeros años de las colonias. Sus padres fueron Claiborne y Lucy Chisum. No hace falta preguntar de qué parte del país proviene un hombre llamado Claiborne; el nombre es tan sureño como las gachas, el sorgo o el pan de maíz. Cuando nació John Chisum, el propio Tennessee era un estado fronterizo. Las tierras salvajes al otro lado del río Mississippi se habían convertido en territorio estadounidense tan solo veintiún años antes, cuando Jefferson compró Luisiana a Napoleón.

Como hombre de frontera que era, el espíritu pionero latía fuerte en Claiborne Chisum y en 1837, con su familia y todos sus bienes cargados en una carreta cubierta, puso rumbo al oeste a través de las salvajes y prácticamente inexploradas tierras al otro lado del Mississippi para asentarse en lo que hoy es la ciudad de Paris, justo al sur del río Rojo, el límite septentrional de Texas.

Por aquel entonces Texas era una república, y siguió siéndolo hasta que entró a formar parte de la Unión en 1845, solo un año después de obtener la victoria en su guerra por la independencia. Tras ser aplastados en San Jacinto, Santa Anna y su ejército mexicano se habían retirado para siempre al otro lado del río Grande, y la nueva y exultante nación todavía vibraba por la decisiva victoria del valiente Sam Houston y por el heroísmo de Crockett, Travis, Bowie y los demás mártires por la libertad de Texas que habían caído en El Álamo.

Aquí, en la frontera, John Chisum se hizo un hombre. Si había algo que le distinguía por encima de todo desde su más temprana edad era un sólido sentido para los negocios, la capacidad para valorar claramente las posibilidades del futuro y las oportunidades del ahora, esa cualidad conocida como visión. Mientras que otros muchachos se dejaban guiar por el olfato, Chisum se-

guía un cálculo preciso para el éxito. Mientras los demás bailaban, él avanzaba sin descanso. Mientras otros disparaban contra un blanco por diversión, él apuntaba al futuro con absoluta seriedad.

Empezaron a llegar cada vez más colonos. Había suficiente tierra para todo el mundo, y a un precio tirado. Seguiría habiendo suficiente tierra durante años. Pero el día iba a llegar en el que la tierra se volvería valiosa. Así que el joven Chisum adquirió tierras. Trazó el emplazamiento de Paris en su terreno. Participó en la construcción de la primera casa de esta ciudad del futuro. Vio cómo la ciudad crecía y, con ella, las riquezas de Chisum. Se convirtió en contratista y constructor. Levantó el primer juzgado en Paris. Fue en esta tarea donde Chisum demostró por primera vez su genialidad. Era constructor hasta la médula —primero de una ciudad, más tarde, en Nuevo México, de un estado y finalmente, en su relación con el suroeste y la nación, de un imperio.

En 1854 irrumpió en la industria ganadera. Durante tres años realizó expediciones anuales a Shreveport, a la orilla del río Rojo en Luisiana, desde donde enviaba al ganado en embarcaciones de vapor a los mercados de las ciudades del río Mississippi: Memphis, Vicksburg, Natchez, Nueva Orleans. En 1857 se trasladó al condado de Denton y en 1863 al del Concho en busca de mejores pastos. Permaneció junto al río Concho hasta que levantó el campamento y puso rumbo a Nuevo México en 1867.

Su innato espíritu pionero no era lo único que impulsaba a Chisum cada vez más al oeste. El atractivo de los mercados le espoleaba. Al norte no había ninguno. Yendo en línea recta desde el Concho hasta los puestos peleteros de la Compañía de la Bahía Hudson en Canadá se abría una amplia extensión de tierra sin ciudades ni colonos, poblada por indios y donde pastaban solo búfalos y antílopes. Más allá de la frontera este de Texas estaban los mercados de Shreveport, Little Rock y Baxter Springs. También los había hacia el sur entre los puertos del golfo de México. Pero en estos mercados orientales y meridionales los beneficios eran escasos, y los caminos largos y difíciles. Curiosamente, los mejores mercados para Chisum se encontraban al oeste.

En las remotas tierras del suroeste de Estados Unidos, los asentamientos españoles prosperaban desde hacía más de doscientos cincuenta años. Oñate fundó Santa Fe en 1608, la ciudad era contemporánea de Jamestown; cuando los colonos desembarcaron en Plymouth Rock era ya un pueblo consolidado. Para cuando Chisum dirigió su mirada hacia Nuevo México, se había convertido en la metrópolis del suroeste, enriquecida gracias al comercio del camino de Santa Fe. La población de esta tierra, que en su día había estado bajo la soberanía de Su Católica Majestad de España, había aumentado enormemente debido a la fuerte inmigración de colonos americanos. Para el ganadero texano, Santa Fe, Taos, Las Vegas, El Paso, Albuquerque prometían ricos mercados. Tucson y Prescott en Arizona; Denver, Pueblo y Trinidad en Colorado estaban a una distancia ideal. Especialmente atractivas eran las perspectivas de lucrativos contratos gubernamentales para proveer de carne de vacuno a las reservas indias y a los puestos del ejército. En el valle del río Pecos estaba Fort Sumner; junto a su límite occidental estaban Fort Stanton y la reserva de los apaches mescaleros. Y así, como ya lo hizo Coronado en busca de las Siete Ciudades de Cíbola y la mítica Quivira, Chisum, montado en su caballo, siguió su sueño hacia el oeste. El antiguo caballero perseguía un espejismo; el moderno ganadero, un mercado. La búsqueda de Coronado fue pura aventura, la de Chisum, puro negocio.

La situación del ganado en Texas era única. La guerra de Secesión había despojado al estado de sus hombres. Miles que habían marchado para luchar bajo las barras y estrellas de la Confederación habían dejado sus huesos en lejanos campos de batalla. Durante los cuatro años de guerra, los negocios habían quedado prácticamente paralizados; muchas plantaciones estaban cubiertas de malas hierbas, muchos ranchos permanecían desocupados. Los esclavos habían sido liberados, el dinero confederado no tenía ningún valor. La Causa Perdida había significado fortunas perdidas, y casi la esperanza perdida. Tras la rendición de Lee, la industria texana había tenido que volver a comenzar desde cero.

Los millones de cabezas de ganado que pastaban en campo abierto no tenían prácticamente ningún valor. Cada cabeza podía

ser adquirida por un dólar, pero no había compradores porque no había dinero. Los terneros nacidos durante la guerra estaban incluso sin marcar. Nadie sabía a quién pertenecían aquellos cimarrones. Llevarse los no era robo. Quien les pusiera una marca pasaba a ser su propietario. Pero pocos sentían entusiasmo ante la idea de adquirir ganado para nada. Era una especulación con futuros. ¿Para qué poseer mil reses que no podías vender? El marcaje de animales sueltos no se convirtió en una actividad generalizada hasta que los precios no dieron indicios de subir. Comparativamente, solo unos pocos hombres sagaces capturaron los suyos mientras la situación era propicia y sentaron así las bases de su fortuna con cuerda y hierro de marcar. Los mercados habrían significado la diferencia entre la pobreza y la riqueza. Pero no había mercados.

Estaba a punto de amanecer un nuevo día. En el oscuro horizonte comenzaba a vislumbrarse el primer leve resplandor del cambio. El año 1867 fue decisivo en la historia del Oeste. La era del carro cubierto y los antiguos caminos de los colonos estaba llegando a su fin. Comenzaba la época del ferrocarril. La finalización del Union Pacific creó una línea de transporte directa entre ambos océanos. El Kansas-Pacific se abrió camino rápidamente hacia el oeste. De pronto, Nueva York y San Francisco eran vecinas. Por fin los ricos mercados del este estaban abiertos también a las llanuras.

¡Mercados! La magia de los mercados transformó la situación del ganado en Texas en un abrir y cerrar de ojos. La prosperidad se extendió por las llanuras como una avalancha. La tragedia se convirtió en bonanza y el estado pasó a ser rico gracias al ganado. La vaca de un dólar de ayer era la vaca de veinte dólares de hoy. El primer rebaño avanzó al norte hacia Abilene. Al poco, cientos de miles de longhorns transitaban por el río Rojo, las naciones indias, el llano Estacado, No Man's Land, hacia los ferrocarriles, cubriendo distancias de dos mil y tres mil kilómetros desde cada rincón de Texas: la costa del Golfo, el río Grande, el Nueces, el Frío, el Colorado, el Brazos.

La era de bonanza de las rutas del ganado duró unos veinte años. Abilene, Newton, Wichita, Caldwell, Ellsworth, Hays City,

Ogallala, Dodge City vivieron en sucesión sus momentos de auge como capitales de final del camino. La llegada de los rebaños las impulsaron como un maremoto hacia la fama, la fortuna, la vida bulliciosa y, al abandonarlas, las dejaron sumidas en la gris oscuridad de los pueblos de las llanuras. Pero durante los breves años de romance, se convirtieron en las ciudades más animadas, más pintorescas, más ingobernables y duras de la vieja frontera; en ellas proliferaban los saloons, las casas de apuestas, los salones de baile; los six-shooters centelleaban en las calles, los cowboys disparaban a las farolas, y también a un hombre cada mañana para desayunar; whisky, partidas de faro, mujeres, juerga y alboroto noche y día; y allá a lo lejos en algún lugar de la inhóspita pradera el inevitable cementerio Boot Hill se llenaba de tumbas de aquellos que habían pagado las consecuencias y habían desaparecido con las botas puestas en la gran oscuridad.

John Chisum no vio venir el inminente cambio que iba a convertir los rebaños de Texas en una mina de oro. Pocos hombres lo hicieron. La nueva prosperidad cayó del cielo casi sin aviso ni augurio que anunciase su llegada. Pero, al fin y al cabo, había mostrado gran sabiduría con su marcha hacia el oeste. La llegada del ferrocarril que había propiciado la subida de precios del ganado en Texas hizo lo propio en Nuevo México. Un novillo en Las Vegas valía lo mismo que uno en Abilene. Veinticuatro mil kilómetros separaban los llanos del Concho y los mercados de Kansas, y el viaje duraba dos meses. Los mercados en Nuevo México estaban más a mano y los puntos de embarque de mercancías de los ferrocarriles en Kansas estaban a la misma distancia del Pecos que del Concho.

Cuando John Chisum se asentó en Nuevo México, el valle del río Pecos era territorio salvaje. En sus fortalezas montañosas al oeste, los apaches mescaleros veían los rebaños invasores como presas idóneas de pillaje. Salteadores mexicanos cruzaban el río Grande en fugaces incursiones y regresaban a toda velocidad con parte de sus reses y caballos. Los cuatreros blancos también estaban muy activos y a la larga sus depredaciones causaron pérdidas más serias en los rebaños de Chisum que las de los mexicanos y los indios. El

primer gran contrato con el gobierno le comprometía a entregar diez mil reses en Fort Sumner, donde vivían casi diez mil indios bajo la tutela del estado. Mientras estas vacas engordaban pastando en los llanos del Bosque Grande, más de la mitad fueron robadas y Chisum se vio obligado a traer otro rebaño desde Texas para cumplir el contrato. Fort Stanton le hizo otro encargo de mil cien reses. Compró este ganado con oro a dieciocho dólares por cabeza en Trickham, Texas, con la perspectiva de recibir treinta y cinco dólares por cabeza en el puesto militar. Iba a obtener grandes beneficios. Pero durante el viaje por la sierra de Guadalupe los apaches le atacaron y huyeron con el rebaño entero. Chisum llegó a Fort Stanton con seis novillos. Tuvo más suerte cuando unos cuatros mexicanos separaron mil doscientos de sus caballos y huyeron hacia el río Grande con el botín. Chisum y cuatro de sus hombres les siguieron la pista y los alcanzaron en Horsehead Crossing, en el río Pecos, donde mataron a tres de los ladrones y recuperaron la manada. Así funcionaba el mundo en aquella amplia y salvaje frontera.

Pero Chisum había encontrado por fin sus mercados. Aprovechó estas nuevas oportunidades de una manera espectacular. Con el paso de los años, su negocio creció en proporciones gigantescas. Amplió su radio de mercados a todo el mapa del suroeste e incluyó también Colorado y Kansas, por si acaso. Al cabo de dos años, en la cumbre de su prosperidad, llevó cinco mil cabezas a Tucson, seis mil a la reserva apache de San Carlos en Arizona, cuatro mil al río Gila y seis mil a Dodge City. No pasaba ninguna estación del año en la que no tuviera simultáneamente tres o cuatro rebaños de camino a diferentes mercados. A pesar de estas operaciones a gran escala, y de los robos a gran escala, cada año aumentaba el número de sus reses. En 1876 nacieron quince mil terneros con su marca y constantemente llegaban nuevas importaciones de Texas.

Chisum abandonó su rancho en Bosque Grande en 1873 y, desplazándose sesenta y cinco kilómetros al sur a lo largo del Pecos, fundó el South Spring Ranch, que sería su hogar hasta el final de su vida. Donde nace de la tierra el río South Spring, una eterna fuente de agua cristalina, construyó una casa digna de un rey del

ganado y la convirtió en uno de los lugares más célebres del suroeste. Alrededor de la casa plantó álamos, traídos desde Las Vegas en una caravana de mulos de carga, y los colocó en dos sinuosas hileras para formar una noble avenida de un cuarto de milla que llevaba desde el camino a la residencia. Cultivó ocho mil hectáreas de alfalfa. Compró frutales de Arkansas y dedicó amplias extensiones para vergeles de manzanos, perales, melocotoneros y ciruelos. Importó rosales de Texas para crear un seto vivo alrededor de la casa, y liberó tangaras rojinegras y codornices cotuí de Tennessee —aves desconocidas en Nuevo México— en el oasis de belleza que había creado.

Aquí, con un toque de realeza, Chisum dispensaba hospitalidad fronteriza. Su extensa y laberíntica casa de adobe de un solo piso, con verandas en la parte frontal y trasera, se encontraba en el camino principal entre Texas y Nuevo México, y tanto el extraño como el invitado podían dormir y comer allí durante el tiempo que quisieran, sin tener que dar explicaciones ni pagar dinero a cambio. Cada día para desayunar, comer y cenar la mesa del comedor estaba puesta para veintiséis comensales, doce a cada lado y uno en cada extremo, y apenas se sirvió una comida en diez años en la que no estuvieran ocupadas todas las sillas.

Pitzer, James y Jeff Chisum, sus hermanos, llegaron de Texas para ayudar en el negocio. Llegó también Miss Sallie Chisum, su sobrina, hija de James Chisum, para regentar el hogar durante años como señora del castillo, una muchacha tan bella que hacía palpar los corazones de todos los rudos galanes de las tierras del Pecos.

En 1924, Sallie Chisum, por aquel entonces Sra. Roberts, vivía en Roswell. Era una dama anciana de expresión dulce y amable con mil memorias de los días en la frontera.

«En 1875 viajé al Pecos desde Texas en una pequeña caravana de carretas —dijo la Sra. Roberts—. Los mescaleros habían abandonado su reserva, asesinando colonos y saqueando ranchos.

»—Lleva la cabellera bien puesta.

»Esa fue la chistosa advertencia de mis amigos cuando salí de casa. Un día al atardecer, cuando nos aproximábamos a Horsehead Crossing en el Pecos, apareció un grupo de apaches en la cima de

la colina. Estuvieron un largo rato completamente inmóviles sobre sus caballos, observándonos, perfilados a la perfección contra los colores del cielo del oeste, como un grupo esculpido.

»En nuestra comitiva venían indios guerreros veteranos y enseñada colocaron los carros en círculo, desengancharon los caballos y los guiaron al centro del recinto improvisado. Aquella noche no dormimos. Las mujeres nos apiñamos en los carros; los hombres estaban tumbados en el suelo entre las ruedas, con los rifles preparados, montando guardia. En algún lugar de la oscuridad apareció un coyote y nos dio un susto; por un momento pensamos que era el grito de un indio. Pero no llegó ningún ataque.

»A la mañana siguiente una docena de jinetes se aproximaron a galope tendido en una nube de polvo.

»—¡Indios! —gritó alguien. Nuestros hombres prepararon las armas. Pensé que había llegado mi hora y me di por muerta. Pero resultó que los supuestos pieles rojas eran un puñado de vaqueros que el tío John Chisum había enviado para buscarnos y escoltarnos sanos y salvos al South Spring Ranch. ¿Que si estaba feliz? Tenía ganas de besar a cada uno de aquellos curtidos muchachos cuando llegaron riéndose y nos tomaron bajo su protección.

»No volvimos a ver a los indios, pero durante mi primera noche en South Spring se colaron en el rancho y se llevaron todas las mulas y caballos. Fue como por arte de magia, su medicina* debía de ser muy buena. Llegaron y desaparecieron tan silenciosos como fantasmas. No ladró ni un perro, ni un alma en el rancho se despertó de sus sueños placenteros. No nos dimos cuenta de la incurción hasta que por la mañana vimos los corrales vacíos y las huellas de mocasines por todas partes. Para entonces, los indios y los animales robados nos llevaban kilómetros de ventaja hacia las colinas. Aquella fue mi bienvenida a Nuevo México.

»Mi tío John Chisum era uno de los mejores hombres que jamás hayan vivido, con un gran corazón y muy generoso. No hablaba mucho. Decía que no tenía tiempo para eso. Pero su silencio

* «Tener buena medicina» significaba, para los indios, contar con la protección de los espíritus. (*N. de la T.*)

era jovial; casi siempre tenía una sonrisa amable en los labios. No es que no fuera capaz de hablar. Si alguna vez era el momento de expresar sus pensamientos, lo hacía con claridad y energía. Podía decir más con tres palabras que la mayor parte de la gente con trescientas.

»Era un hombre simple, de gustos sencillos, de beicon y frijoles. Sin florituras. Vivía modestamente; lo que era bueno para los demás era bueno para él. Tenía buenos trajes para lo que denominaba “ocasiones de estado”, pero él y yo discrepábamos acerca de lo que constituía una “ocasión de estado”, y casi nunca se los ponía. Su vestimenta habitual era un sombrero gris claro de ala ancha sobre la cabeza, una camisa de franela azul, a veces un chaleco y pantalones embutidos en las botas. En lo sartorial había poco que lo diferenciara de un vaquero común. Era exigente con el calzado y sus botas con tacón estaban hechas del cuero más fino y delicado que había en el mercado.

»Aunque no participó en ninguna pelea en su vida, era un hombre valiente. En aquellos tiempos casi todo el mundo llevaba un six-shooter; el arma era como la camisa o el sombrero, un componente habitual de la vestimenta; cualquier hombre se habría sentido desnudo sin ella. Pero a lo largo de toda una vida en la frontera, entre hombres criados en la tradición del gatillo fácil, las armas nunca formaron parte del atavío personal del tío John Chisum. Cabalgó solo y desarmado por todo el suroeste, y en aquellos tiempos sin ley eso requería agallas.

»Tan conocidas como el tío John Chisum eran sus célebres marcas *long rail* y *jingle-bob*. Ninguna otra marca había adornado antes tantas vacas a la vez. Durante un tiempo identificaron como propiedad suya a cien mil reses. Ahora han desaparecido de los pastos; solo unos pocos de la vieja escuela las recuerdan. Para los que no las llegaron a ver son un misterio. *Long rail* es fácil adivinarlo. No era más que una larga línea en el costado de la vaca, casi de cabo a rabo. Pero ¿qué era el *jingle-bob*? Aunque el nombre suene ridículo, fue una de las marcas más inteligentes jamás inventadas. Hoy en día muchas personas, incluso algunos ganaderos, se imaginan que no era más que una incisión en la papada. Pero en reali-

dad era el resultado de un profundo corte en ambas orejas de manera que una mitad caía y la otra seguía erguida en su posición natural. No todos los vaqueros eran capaces de cortar las orejas correctamente. Una chapuza podía dejar erguidas o caídas ambas partes de la oreja. Hacía falta bastante destreza para que una mitad cayera y la otra se mantuviera en alto. El tío John asignaba esta tarea a solo unos pocos vaqueros de su confianza, expertos en el arte del *jingle-bob*.

»Gracias al long rail era fácil identificar el ganado de Chisum, individualmente o en grupo. La marca era visible desde muy lejos. Pero cuando se trataba de identificar al ganado entre una gran manada, el *jingle-bob* demostró merecer un puesto entre las bellas artes. Tras una estampida, por ejemplo. Las estampidas nocturnas eran comunes en los caminos. Cualquier sonido inusual podía provocarlas —un trueno, un disparo, el aullido de un lobo, el galope de un caballo. Una vez el pánico se apoderaba de los irracionales animales semisalvajes, allá que corrían en la oscuridad dando tumbos y armando un estruendo. A veces, aunque no siempre, los vaqueros lograban girarlos para apiñarlos en un círculo y así frenarlos. Pero normalmente corrían hasta que se agotaban, y más de una vez el asustado rebaño acababa a treinta o cuarenta kilómetros del campamento.

»Algunas veces, un rebaño sin control se encontraba con otro, provocando una segunda estampida, y al día siguiente, cuando ambos se habían tranquilizado, comenzaba la ardua tarea, que a veces duraba varios días, de separar las reses. Era imposible para los vaqueros distinguir las marcas de cada vaca perdida entre otras miles. Se veían obligados a entrar en el rebaño y cabalgar dificultosamente entre los animales para identificar a los suyos. Pero daba igual dónde estuviera un novillo con el *jingle-bob*, si en el centro del rebaño o allá a lo lejos tras otras mil reses, no había equivocación posible. Solo tenía que levantar la cabeza para que se lo reconociera al instante.

»Debo decir que una vez veías el *jingle-bob* ya nunca lo olvidabas. Tenía un extraño efecto que transfiguraba la belleza bovina. Un novillo de la antigua raza de los llanos, delgado, con patas lar-

gas y cuernos absurdamente largos, la fisionomía medio asustada, medio truculenta y completamente estúpida, era cuando menos una bestia extraña; pero el *jingle-bob*, que parecía coronar su cabeza de gorgona con cuatro orejas, dos erguidas y dos caídas, aportaba ese último toque extraño y, de hecho, hacía que pareciera un demonio.

»Solo tengo recuerdos felices del South Spring Ranch. Mi tío John nunca se casó —también estaba demasiado ocupado para eso— y yo era la señora de la casa. Pasaba todos los días ocupada de sol a sol llevando la casa y dirigiendo a los sirvientes. Durante el arreo de la primavera y el otoño, cuando los vaqueros llegaban de los llanos, tenía mucho que hacer. La casa estaba siempre llena de gente; el rancho se convertía en un pequeño mundo en sí mismo; no podía haberme sentido sola, aunque lo hubiera intentado.

»Todos los hombres del suroeste a los que merecía la pena conocer, y algunos a los que no, fueron en algún momento huéspedes bajo el techo hospitalario del tío John. Los conocí a todos —gobernadores, legisladores, hombres de negocios, oficiales del ejército, jugadores, ladrones, asesinos— y los traté a todos por igual. Lo que fueran no afectaba a cómo se les recibía. Algunas veces un hombre llegaba apurado, comía apurado y se marchaba apurado. La llegada de un pelotón del sheriff algo más tarde indicaba el motivo de su apuro. La duración de la visita de un huésped a veces dependía de cuánta ventaja le llevara al sheriff.

»Billy the Kid venía a menudo y a veces se quedaba una semana o dos. Dada su reputación de hombre malvado y asesino, recuerdo lo asustada que estaba la primera vez que apareció. Me encontraba sentada en el salón cuando me avisaron de que había llegado aquel famoso forajido. Entré en pánico. Me lo imaginé con toda la fealdad malvada de un ogro sanguinario. Incluso pensé que me cortaría el cuello si no le gustaba mi aspecto.

»Tenía el corazón en vilo cuando oí sus pasos en el porche, consciente de que el tío John le estaba invitando a pasar. Aturdida oí al tío John decir:

»—Sallie, este es mi amigo, Billy the Kid.

»Hizo un gesto con la mano. Delante de mí había un muchacho apuesto, de ojos claros, sonriéndome con el sombrero en la mano. Estiré la mano hacia él con un gesto automático, y él la cogió en una mano tan pequeña como la mía.

»—¿Qué tal, Srta. Chisum? un placer conocerla —dijo, inclinándose deferencialmente como era *de rigueur* en la frontera.

»—¿Usted es Billy the Kid? —exclamé.

»—Así me llaman —dijo lentamente, con voz suave.

»Me dejé caer en el sofá y reí hasta que los ojos se me llenaron de lágrimas. Debió de pensar que estaba loca, pero también se echó a reír.

»—Bueno —dije cuando pude volver a hablar—, por supuesto le debo una explicación y una disculpa. Pero, verás, yo... yo no esperaba que tuviera este aspecto.

»—Sí —contestó de buen humor—, la comprendo.

»Y ambos nos echamos de nuevo a reír.

»Billy the Kid y yo nos hicimos grandes amigos. Desde luego, era malvado, pero no del todo. Tenía muchas cualidades admirables. Cuando era enemigo, era enemigo, pero cuando era amigo, era amigo. Rebosaba alegría despreocupada y buen humor. En lo que a la ropa se refería, siempre iba hecho un pincel. Con su sombrero blanco de ala ancha, abrigo y chaleco oscuros, pantalones grises por encima de las botas, camisa de franela gris y corbata negra con nudo *four-in-hand* y, a veces —no se lo va a creer— una flor en la solapa, era una figura deslumbrante y un dandi. Supongo que suena absurdo describir a alguien así como un caballero, pero desde el principio hasta el final de nuestra larga amistad, en su trato personal conmigo, siempre fue el no va más de la cortesía, y tan educado como cualquier joven caballero que haya conocido.

»Billy the Kid y yo hicimos varias excursiones a caballo por todo el territorio, y pasamos muchas tardes agradables hablando durante horas en el porche. Había un arroyo lleno de peces que discurría por debajo de la casa junto a la cocina y muchas veces me sentaba en la mecedora del porche trasero, dejaba que Billy me preparara el anzuelo y capturaba varias percas para cenar.

»Cuando el tío John plantó los álamos, él y sus hermanos, Pitzer y James, pusieron tres árboles muy juntos, doblaron los troncos hacia el centro y los unieron con cuerdas. Con el tiempo, los árboles se fusionaron en uno solo, y ahí sigue hoy, un imponente gigante con una amplia base de triple arco formada por los tres troncos originales. La primera vez que le enseñé a Billy el “Árbol de los Tres Hermanos” y le expliqué que simbolizaba el amor que sentían entre sí los tres hombres, como dijo el tío John cuando plantaron los retoños, recuerdo que Billy se emocionó mucho ante tal muestra de afecto fraternal. Sabe usted, era solo un muchacho, y en el fondo de su pequeño y duro corazón debía de quedar algo de sentimentalismo; y, quizá pensando en el amor y la dulzura que había escaseado en su propia vida, tenía una expresión tan melancólica y desconsolada que me sentí obligada a animarle.

»—No llore —le dije a mi sentimental forajido.

»El sheriff Pat Garrett era otro visitante habitual en el rancho. Era un hombre tremendamente alto, pero no desgarbado o torpe; de hecho, se movía con una especie de gracia rítmica que denotaba poderío y seguridad. A pesar de que tenía la boca y la sonrisa torcidas, lo cual daba a su cara un aire avieso, era un hombre muy guapo. De sus firmes ojos grises emanaba un espíritu tranquilo y sereno. No había mucha poesía en Garrett —era tan lírico como cualquiera de sus six-shooters—, pero la cara de aquel viejo guerrero de la frontera recordaba de alguna manera a la de Edgar Allan Poe. Tenía un aspecto melancólico y trágico, pero podía ser afable y sociable, y cuando se animaba con un fuerte ponche a la antigua usanza, se convertía en la alegría del grupo que solía pasar las tardes en el porche. Era un narrador expresivo; su vida como cazador de búfalos, sheriff, luchador y rastreador de hombres malvados le había dado un trasfondo interesante, y la mayoría de sus relatos trataban de su propia vida.

»Poseía la soltura y camaradería del hombre sureño, y era fácil ser su amigo. Pero tenía muchos enemigos que lo odiaban cordialmente: era comprensible, puesto que siempre hacía lo que se proponía, “contra viento y marea”, como solía decir, y si un hombre o dos resultaban heridos o morían no le afectaba lo más mínimo.

»Tras ser elegido sheriff del condado de Lincoln y romper su cercana amistad con Billy the Kid para convertirse en su implacable enemigo, oí a hombres apostar que, si alguna vez ambos se llegaban a encontrar, Billy lo mataría. Todos pensaban que Billy era el más peligroso de los dos, y el tirador más rápido y certero. Y no cabe duda de que lo era. Pero resultó que la agria disputa entre ambos —el bandido y el sheriff— no estuvo determinada por su habilidad relativa en la lucha, sino por la suerte o, como dirían algunos, el destino. Garrett mató al Kid, no porque fuera mejor tirador, sino porque al Kid le había llegado su hora. Años más tarde, cuando le llegó el turno a Garrett, aquel veterano de tantas batallas sucumbió ante un hombre que podía haber sido clasificado de tirador principiante. Garrett y el Kid eran combatientes ingeniosos, encarnizados. Pero cuando les llegó la hora fueron tan incapaces como un bebé de salvarse o defenderse.

»Conocí íntimamente a ambos hombres, y cada uno pasó a la historia a su manera. Había mucho bueno entre lo malo de Billy the Kid, y mucho malo entre lo bueno de Pat Garrett. Ambos eran profundamente humanos, con personalidades extraordinarias. No importa lo que hicieran en el mundo, o lo que el mundo pensara de ellos: eran mis amigos. Hombres de verdad, ambos. Y a ambos mereció la pena conocerlos».

John Chisum murió en Eureka Springs, Missouri, en 1884, su cuerpo yace en Paris, Texas, donde pasó su juventud, y la ciudad que fundó es su monumento. La historia no le ha hecho justicia. Encontrará su nombre mencionado aquí y allá en crónicas impresas, con una sorprendente escasez de detalles biográficos. Sigue siendo una figura tenue iluminada solo por alguna anécdota aquí y allá, como la cima de una montaña que recibe el ocasional rayo de sol entre la neblina. Se conserva aún un daguerrotipo del viejo rey del ganado, que cabalgó en camisa hacia la fortuna y el poder. Muestra una cara buena, familiar y honesta, con ojos alerta y astutos y un indicio de fuerza e impulso en la barbilla cuadrada y en la expresión de su generosa boca. No es una fotografía imponente. Pero sería injusto no contar a John Chisum entre los grandes ex-

ploradores y pioneros del suroeste. Fue una fuerza productiva de principio a fin, un constructor. Quizá no un arquitecto de la civilización, sino un albañil que colocó con el sudor de su frente las piedras fundacionales sobre las que surgieron la civilización, la ley y el orden.

Los años han transformado la parte baja del valle del Pecos. Al norte, visible desde el South Spring Ranch, se encuentra ahora Roswell, la metrópolis del este de Nuevo México, con diez mil habitantes, calles asfaltadas, impresionantes bloques comerciales, preciosas casas rodeadas de árboles. Las planicies, en su día áridas, ahora florecen como las rosas. El agua artesiana de las inagotables reservas subterráneas surge de miles de pozos para irrigar granjas y jardines. Por el camino que seguían los rebaños de Chisum hacia el mercado ahora pasa un ferrocarril.

El South Spring Ranch pasó a manos de H. J. Hagerman, antiguo gobernador de Nuevo México, quien construyó el ferrocarril, y sigue en posesión de su familia. Entre el camino de tierra y la majestuosa mansión de ladrillo de los Hagerman discurre una amplia y elegante avenida flanqueada por álamos gigantes, cuyas ramas, que surgen de troncos de metro y medio de diámetro, se entrelazan. Estos son los retoños que John Chisum trajo en una caravana de mulas desde Las Vegas. Donde sus manadas de longhorn pastaban en la hierba, ahora rebaños de hereford de pura sangre pastan en campos de alfalfa. Los grandes frutales que plantó Chisum, ahora rugosos y antiguos, siguen floreciendo en temporada y se llenan de manzanas, melocotones y peras. El seto de rosas de Chisum emana aún la fragante tradición de los viejos tiempos. Las tangaras vuelan entre los árboles y matorrales como flechas de llama viva, descendientes rojinegras de los pájaros que Chisum trajo de Tennessee, y las codornices entonan los recuerdos del viejo rey del ganado en canciones claras y agudas que resuenan por todo el valle.

Allá, en un rincón oculto bajo los formidables álamos, junto a los establos, se mantiene un fragmento de una antigua pared de adobe derruida. Es lo único que queda de la antigua casa de John Chisum, donde antaño reinaban el descanso, el buen humor y la